

29 DE DICIEMBRE DE 1879.

Madrid.

Está ya para terminar la época triunfal del pavo. El ha presidido los festines; á él se le tributan aún honores simbólicos: el cristianismo, ley benéfica, ha sido bien cruel con este ave inocente y majestuosa; le ha escogido para conmemoración de un fausto suceso, y apenas viene al mundo Jesús, cuando dejan de pertenecer al mundo los pavos.

Sólo pueden disputarle la oportunidad los capones de Vizcaya, criados opulentamente en crujalada refinada para morir en el momento en que ellos veían llegado el apogeo de su crasitud y de su dicha... Y no cito los capones de Vizcaya, porque dadas las buenas relaciones que existen hoy entre España y Francia, no es probable que ningún español haya hecho de su mesa tálamo de esos capones.

Llega ya, pues, el fin del pavo. Porque comerle luego en cualquier día es gastronomía pura, desprovista de simbolismos, ni emblemas que ennoblezcan el apetito: es comer por comer, sin dignidad ni trascendencia. El pavo es hoy el protagonista de un drama bíblico; mañana será el comparsa de un sainete.

Puede faltar el pavo en nuestra mesa cotidiana sin que nadie se crea autorizado á compadecerse de nuestro *menú*; pero ¿quién confesará que no ha comido pavo en Pascuas? ¿Puede darse una confesión más vergonzosa de pobreza y miseria? Nada sois, nada valeis, sois una carga para la sociedad y una amenaza para vuestros amigos, no tenéis bienes, ni oficio, ni destino, puesto que no habeis comido el animal sagrado.

La sociedad desprecia profundamente á los que no pueden comerle. El pavo representa bienestar. Sin él no hay hogar, ni familia. Un soltero, un misántropo, un desertor de la sociedad no se pone solo ante un pavo.

El faisan supone ostentación y vanidad. Banquetes oficiales; comidas de fonda por encargo; la carne es lo de menos: se sirve con la cabeza y las alas; manjar de plumas y de colores. Pero el pavo es verdad: es orondo, abundante, práctico, burgués en una palabra. Su dorada piel no es su atractivo mas delicado y sabroso: todavía es mas exquisito su relleno.

Por algo se parecen en su aspecto aparatoso los pavos á los banqueros, y los banqueros á los pavos.

Estos días pasados hemos buscado todos con interés en los periódicos una misma noticia: la que se refería al curso que sigue la enfermedad de un poeta de mérito indiscutible; hombre político muy discutido.

Algun día, por efecto de esa noticia, Madrid ha creído que el eminente poeta dejaría pronto de existir. Por fortuna, la enfermedad ha cedido, y hoy se tiene segura esperanza de que Ayala vivirá.

Cuando esté restablecido, podrá recrearse en la contemplación de sus propios funerales. Porque todos le habian hecho ya su correspondiente oración fúnebre.

Los aficionados á la literatura; los que sólo ven en él al glorioso poeta; al autor dramático pensador; al artista que modela y cincela con la amplitud de un Miguel Ángel, y al propio tiempo con la delicadeza de Benvenuto; al que ha encontrado el molde nuevo, mas propio para presentar á nuestra sociedad en un cuadro interesante, enérgico, trascendental,

ese afán de enriquecer el cuerpo á costa del alma;

al que, últimamente, siendo presidente de la Cámara, enriquecido de laureles y de adversarios políticos, no ha dudado en lanzarse al peligroso azar de un estreno con una producción, para honrar desde tan alto puesto á las Musas y rehabilitar su nombre gastado en las luchas de la política... los que sólo esto ven en Ayala, han recordado sus obras y sus triunfos, y han temblado por aquel genio castizo, viril y solemne. Para éstos, Ayala es una personalidad gloriosa irremplazable.

Al pasar sus ojos, en sus ocios de convaleciente, por las firmas innumerables y por el montón de tarjetas depositadas en la antecámara de la muerte, Ayala sabrá, sin duda, cuáles son sus verdaderos admiradores: nombres desconocidos muchos, de esos que no han figurado en ninguna nota, ni en ninguna solicitud, ni en ningún asunto administrativo; y éstas, á no dudar, serán las que mas aprecie y estime. Las unas las hubiera tenido siempre; las otras solo las ha tenido porque se creyó que no le quedaba ya vida para agradecerlas.

Pero hay otros visitantes en los cuales la admiración universal de la fantasía del poeta ha quedado oscurecida por los tornasoles del hombre político, por los cuales Ayala hubiera sido siempre un brillante coplero si no hubiera sido un opaco ministro, si no hubiera creído que el mejor comentario á la magnífica obra en que fustigaba el materialismo del siglo, era trabajar porque siguiesen fustigados los negros.

Estos visitantes han ido por gratitud los unos, por temor los otros. La vida de los hombres influyentes en la política tiene cien hilos á cuyo extremo cuelga siempre alguna credencial. Rota su vida, se rompen los hilos, y el coro melodioso de aduladores es sustituido por un cortejo de planideras.

Para éstos tambien es irremplazable.

Pero si ha leído los periódicos... Si sus amigos le han hablado con franqueza, ¿qué tema entonces para desarrollar en la escena uno de esos altísimos pensamientos que fácilmente engendra su poderoso cerebro?... Ellos le dirán que cuando él estaba clavado en el lecho esperando la muerte, los hombres que han explotado el prestigio de su nombre no esperaban. Los gusanos de la ambición no esperan como los gusanos de la materia: se comen moribundo al que puede ofrecerles un festín. Sus días estaban descontados por ellos. El sillón presidencial estaba vacío; jamás volvería á su

falso trono el poeta. Ellos pedían ocuparle; no harían dramas; pero allí esperarían el supremo poder, sustentando y derribando ministerios; su consejo sería oído en las crisis; todas las grandezas del mundo estarían á sus pies.

Un hombre que ocupa tan elevada posición, á cualquier síntoma de enfermedad debe morir. Es un amigo, es un correligionario, es una gloria nacional que estorba... Debe aprovecharse de la ocasión, propicia como nunca, puesto que su partido se encuentra en el poder, para prepararse una última ovación, solemne, y magnífica. — ¡Qué funerales le hubieran hecho á cambio de su sillón presidencial! ¡Qué discurso sentimental y hasta lúgubre hubiera pronunciado el nuevo presidente!...

Felicitemonos, sin embargo, de que el señor Ayala, preocupado con su enfermedad, no haya pensado en la oportunidad de haberse muerto. Espere á morir en tiempos peores.

Dejará de ser entonces... el mas hermoso león del Congreso, como ha escrito un célebre empresario en las cintas de una de las coronas arrojadas al autor de *Consuelo*; pero volvería á ser el incomparable poeta.

..

Como yo no soy aficionado á toros, he leído con sorpresa en los diarios que las corridas que habrán de celebrarse en Madrid en la próxima temporada serán en su mayoría de siete toros, puesto que Frascuelo, que ocupa el tercer lugar entre los espadas contratados, no quiere—como es sabido—matar el último toro.

Pero ya sé la explicación de esto.

—El último toro—me dijeron—se lidia ya casi de noche; una vez Frascuelo lidió el último, y como el circo se cubría de sombra y la gente, por esta razón, se marchaba, no pudo matarlo con lucimiento. Desde entonces se niega á ser remate de la fiesta.

—Y hace bien en ello,—exclamó un chulo;—yo estuve presente aquella tarde, y casi no le vi cómo lidiaba el toro, porque no pudo verlo nadie. El disgusto fué muy grande... ¡Nadie se esperaba aquella descortesía del soll!

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

El imperio de Marruecos, por D. Manuel G. Llana y D. Tirso Rodríguez.—Un volumen de 294 págs.—Madrid: imp. de Rojas; 1879.

La civilización y cristianización del Africa ó de su parte setentrional á lo menos, ha sido siempre uno de los grandes ideales de nuestro pueblo. Como á los rusos señaló Pedro el Grande la cúpula de Santa Sofía, por límite natural del imperio eslavo, á los españoles el genio de una ilustre princesa inspiró la idea de extender nuestras fronteras mas allá de las columnas de Hércules, hasta el Atlas, las márgenes del Draah ó los confines del Sahara. Después de aquella soberana ocuparon el trono de San Fernando monarcas que sacrificaron á sus intereses dinásticos ó á las preocupaciones de su conciencia las necesidades nacionales, ó cayó España en el extremo de postración y abatimiento en que vive, y aquella inspiración no llegó á realizarse.

Las tempestades políticas del siglo presente; las agitaciones de que es presa Europa; el espectáculo que nos dan otros pueblos, combatiendo sin descanso, ni tregua, ni sosiego por sus ideales, y realizándolos á costa de los mayores sacrificios, ha estimulado ese dormido deseo. Hace algunos años que se revela con inusitado vigor, con extraordinaria constancia, y ya es objeto de las polémicas de la prensa, ya provoca debates acalorados en nuestros centros científicos, ya suscita discusiones parlamentarias, que son como el anuncio de un porvenir mas activo y fecundo que la decadencia y apatía en que ahora nos tienen envueltos nuestros errores y nuestras desventuras. En medio de ellas todos volvemos los ojos, como hacia una esperanza lisonjera, á la reconquista de Gibraltar, á la organización de la unidad ibérica y á la civilización y protectorado de Marruecos.

Nosotros creemos que esas aspiraciones deben estimularse. Las circunstancias, á las que hay que dar tanta parte en la resolución de los problemas políticos, señalarán la hora en que debamos comenzar á realizarlas y los medios de conseguir en ellas un resultado favorable; pero debemos estar apercebidos y dispuestos para cuando nos marquen el instante de iniciar la gran obra. Los que mirando solo nuestra debilidad actual, creen que no es oportuno siquiera que pensemos en un porvenir mas lisonjero y grandioso, contribuyen con su política á que sea mas honda é irreparable la ruina de la patria. El día que España represente en Europa un propósito firme é inquebrantable de reivindicar en lo que fuere legítimo y justo nuestras antiguas glorias; el día que exista aquí una opinión poderosa, decidida á reivindicarlas, una voluntad enérgica y perseverante como la que ha hecho del Piemonte, Italia y de Prusia, el gran imperio alemán, habremos adelantado mucho en ese camino, y los escépticos y los pesimistas no acogerán con risa y desdenes esos generosos propósitos en los cuales el patriotismo explica y disculpa los mas exagerados extravíos.

Para que esa opinión se forme é ilustre, nada es tan conveniente como que se ofrezcan al público hasta con prodigalidad, trabajos de la índole del que inspira estas líneas. Si nuestros tradicionales intereses nos llevan á Portugal y á Marruecos, preciso es ante todo que conozcamos el estado presente de Marruecos y Portugal; si hemos de intervenir en las luchas europeas, si hemos de utilizar sus vicisitudes en favor de nuestras aspiraciones, indispensable es que las sigamos con cuidado y las estudiemos con meditación. Consagrar á esta obra de propaganda algunos esfuerzos, es tarea patriótica y útil, por la que merecen aplauso los ilustrados

redactores de *La Iberia* que han dado á la estampa este libro.

Su trabajo es completo. Examinan los orígenes del imperio de Marruecos, lo describen, nos bosquejan sus instituciones y nos pintan sus costumbres, el estado de atraso en que yace, la desorganización y anarquía que lo perturba, la miseria que lo corrompe y degrada, el fanatismo que le veda entrar por una senda progresiva y civilizadora, la incapacidad de su gobierno y la barbarie de sus leyes sociales.

A nombre de una falsa idea de la independencia y libertad de las naciones, sin distinguir bastante qué pueblos merecen ese nombre, y cuáles tienen derecho á que se respete su soberanía, se combaten las doctrinas de los modernos tratadistas, en cuya virtud, España está llamada á intervenir en los destinos del imperio marroquí. Los Sres. Llana y Rodríguez lo creen y han escrito este libro inspirados en esa creencia. España puede proceder y debiera proceder en el vecino continente, como potencia colonizadora que tiene el derecho de extender su soberanía sobre un territorio ocupado por pueblos bárbaros para favorecer la civilización. Se nos podría exigir que en ningún caso incorporáramos á nuestro imperio mas territorio que aquel que podamos civilizar y organizar políticamente; se nos podría exigir que respetáramos el derecho de gentes y aun que procediéramos en esa obra con tanta ó analoga mesura á la empleada por los puritanos en Nueva-Inglaterra, y por William Penn en Pensilvania; pero no que renunciemos á civilizar y cristianizar el imperio de Marruecos. Los que piden esto no lo hacen por respeto al gobierno de Fez y á sus derechos, sino por consideración al gobierno británico y á sus propósitos y á su política dominadora. El problema no está planteado hoy en el Africa setentrional entre España y Marruecos, sino entre España é Inglaterra. Podemos y debemos pues acojernos á las doctrinas de los modernos tratadistas, sin reparo alguno, antes que otros menos escrupulosos nos impidan realizar en Africa el mas querido de todos los ideales que acaricia la nación española.

Los Sres. Rodríguez y Llana son dos discretos periodistas que han contraído en estas arduas tareas, el hábito de expresar sus pensamientos con corrección, claridad y elegancia. Han seguido, además, en su libro escrupulosamente un buen método de exposición, y lo han completado con una reseña crítica de la campaña de 1859-60, los tratados de paz y comercio entre España y Marruecos, y el convenio celebrado entre el gobierno de este país y los de España, Austria, Bélgica, Estados-Unidos, Francia, Inglaterra, Italia, Países-Bajos, Portugal y Suecia para el establecimiento de un faro en el cabo Espartel.

Ilustra la obra un mapa del territorio marroquí. Está bien impresa.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

De las bellas artes

entre las contemporáneas.

¿Por qué se pintan las mujeres?
Por parecer hermosas.
¿Y á quienes tratan de parecerles hermosas?
A los hombres.
Luego los hombres deben agradecer á las mujeres que se pintan el que se pinten. Luego son unos ingratos los hombres que echan en cara á la mujer el mejuene con que se la ilumina.
No hay que darle vueltas. La que se pinta es porque juzga conveniente ó imprescindible poner algo entre el cutis de su rostro y el aire de la atmósfera, la luz del cielo y la mirada masculina.

Todas las mujeres se han pintado, se pintan y se pintarán de una manera ó de otra. Desde la mas remota antigüedad hasta nuestros días, y desde nuestros días á los días de los demás. Que las mujeres antiguas se han pintado, lo afirmo por inducción. Si las viejas que yo conozco, pertenecientes á la antigüedad próxima, lo hacen, es claro que lo han hecho tambien las viejas de la antigüedad remota, aquellas que no he podido conocer, porque se han perdido en la noche de los tiempos.

Respecto á las mujeres del porvenir, como la raza humana va degenerando, tengo por indudable que necesitarán los auxilios del arte con necesidad superior á las mujeres de la Era moderna.

Al decir, de una manera ó de otra, significo que unas emplean el carmin de la droguería y otras el carmin del pudor en sus facciones; colores ambos que ejercen soberano influjo en el tierno y voluble corazón de los hombres. Y si las que no se pintan materialmente (de los polvos ninguna reniega) protestan de mis afirmaciones rotundas, no hallo reparo alguno en rectificar y contraerme á la cuestión, diciendo que solo se pintan las señoras que lo han menester.

Es preciso convenir—y esto desarmará á los enemigos del procedimiento—que las contemporáneas no se tienen sino las unas, los labios, las mejillas, las cejas, las pestañas y el cabello. No son como las paganas que cambiaban el color de sus ojos á voluntad; ni como las neo-clásicas que guardaban los lunares en una caja. También ha llegado á mis oídos cierto rumor sobre restauraciones, de que en mi calidad de democrata procuro hacer caso omiso, pues no es prudente nombrar la sogá en casa del ahorcado.

Ocioso sería hablar de los medios que nuestras esposas, hijas, hermanas, amigas ó simplemente conocidas emplean al suplir faltas de la naturaleza, ó al reparar injurias del tiempo. Están bajo el dominio común y al alcance de todas las fortunas.

Lo mismo digo de los materiales que usan las que se dedican á la escultura individual, ó sea al arte de modelar su propio cuerpo. Porque tambien las hay que simultánea ó inde-

pendientemente del manejo del pincel, instrumento que embellece lo que toca, lo que existe, manejan el algodón ó cosa parecida con que se finje lo que no existía; viniendo á ser este arte, cultivado por la mujer, mas ilusorio que el de la pintura, y eso que habla, no tan solo á la vista, como éste, sino al sentido del tacto, que es de los mas prácticos y seguros que se conocen.

Mucho tacto, á la verdad, se necesita para no incurrir en inconveniencias de bulto, tratándose de ir al mismo. Le escuro, pues, consignando que si la mujer se pinta sola—y basta para ello con aplicarse los ingredientes delante de un espejo—no le es dado con tanta facilidad modelarse. Al efecto es indispensable el concurso de la modista, cuya misión en este planeta consiste en ajustar las modas á los cuerpos, y á veces en construir el cuerpo para ajustarle á la moda.

Los resultados de semejante arte influyen, como la pintura, en los ánimos varoniles, y acaso mas, supuesto que los contemporáneos, hallando demasiado amplia la túnica greco-romana, se van aproximando en sus trages á la apretada sencillez egipcia, delatora de lo que ha de cubrir. Menos mal que las señoras mujeres se modelen y enfunden para agradar á los caballeros, y así quedan justificados los medios, en atención á la rectitud del fin.

Mucho han debatido los estéticos sobre la prioridad entre las bellas artes. La opinión general es que la arquitectura es la hermana mayor, toda vez que el hombre ha construido primero la casa y despues ha inventado las pinturas y las estatuas para adornarla por dentro y por fuera. Pero en las mujeres, sea porque hacen las cosas al revés de los hombres, como sostienen algunos autores, ó sea porque presiden á sus actos leyes diferentes de las nuestras, las bellas artes han nacido juntas. La arquitectura, al par de la pintura y de la escultura, como se desprenderá de lo que sigue.

Sabido es que lo que principalmente determina un estilo arquitectónico es la columna, compuesta de basa, fuste y capitel, y lo que principalmente distingue el estilo de la columna es el capitel. La mujer, aunque no muy fuerte, al fin es columna de la sociedad; y aunque de poco fuste, por lo regular, y de basa menuda, consta de un hermoso capitel cuyos adornos, suministrados por la misma naturaleza, se prestan á los diversos órdenes que predominan en el acto de construir. Desde el momento en que una mujer quiere producir buena impresión sobre el sexo contrario, tiene la revelación de las tres, llamadas por excelencia bellas artes. Se pinta, se modela y se construye, quiero decir, se arregla de pies á cabeza, de una vez y todas las veces.

En lo referente al arreglo del capitel, tengo observado que las contemporáneas propenden á lo dórico, dando al olvido, por trabajosos, aquel peinado corintio que usaban antes, y por absurdo, aquel otro peinado compuesto en que, sobre complicaciones de cabellera, se alzaban triunfantes dos enormes volutas, capaces de amedrentar, por la alegoría, al marido mas confiado.

Afortunadamente, las volutas ó cuernecitos son hoy patrimonio de los gomosos, pollos y gallos, que están graciosísimos con los rizos que les pone el peluquero.

Siendo el hombre natural enemigo de la mujer, y vice-versa, he de dar á mis contemporáneas un consejo para que le tomen. Todo lo que sea agrupar con orden el cabello sobre la coronilla, es pureza de estilo, y amontonado sobre la frente, es perversión de gusto. Véanse los figurines de la Grecia preponderante y de Roma en decadencia.

Si no es posible acomodarse al clasicismo griego, por lo menos debe tenerse en cuenta el italo-greco, que aun es elegante y hermoso; procurando, y esto lo pido postrado de hinojos, no estirar mucho el cabello desde la nueca á la coronilla, dejando escueta aquella region, como lo practican algunas cuellilargas, que parecen mangos de violín.

F. MOJA Y BOLÍVAR

Un viaje poético.

Yo soy muy aficionado á los viajes, pero no lo soy tanto en el invierno. Me gusta ver la nieve á lo lejos blancando los picos de las montañas y observar cómo albot, contemplándola, se le nublan los ojos y cómo empalidecen pero confieso que de cerca me da mas risa que placer un paisaje nevado. Aprensión ó temor mujeriego, como queráis, no puedo remediarlo, y hasta tal punto me domina, que lo mismo es ver la nieve con que tan pínfor ignorado adornó los nacimientos que estos días en la Plaza de Santa Cruz se exponen, me apresuro á cubrirme la cara con el embozo de una capa cuyo color pasa de castaño oscuro y que así me sirve de complemento al traje como de coraza contra las pulmonías.

Con lo dicho basta y aun sobra para que el lector comprenda que en esta época del año prefiero á todos los viajes leer los recuerdos de los que Chateaubriand y Lamartine, y Castelar y Alarcón hicieron ó cuando mas viajar imitando á De Maistre alrededor de mi cuarto, no para analizar los muebles que le adornan, sino para que los pies no se me enfrien demasiado.

Esto no me priva, sin embargo, de aconsejar á quien quiera oírme que emprenda un viaje poco costoso y poético... un viaje á través de la poesía española. Si os decidís á realizarle; si seducidos por la fama de las grandezas de Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla y otros poetas ilustres queréis visitarlos, no para dejarles tarjetas, ya que obsesquiarlos con serenatas no sea posible por ahora, sino para conocerlos íntimamente y estudiar sus obras de arte, y admirar sus triunfos, y aprender sus defectos, y rendirlos entusiastas aplausos, justo tributo á sus merecimientos, os encargo una cosa, que elija por itinerario el *Nuevo viaje al Parnaso*, colección de semblanzas literarias que el discretísimo é ingenioso escritor señor D. Armando Palacio Valdés recientemente ha publicado. Palacio Valdés no os referirá con infundada entusiasmada grandezas que no le conmuevan; no os atronará los oídos con enconios de cicerone de oficio; no os dirá que merece censura, sino lo que en su conciencia crea censurable; no escatimará alabanzas esperando que, á cambio de su desdénosa indiferencia, el vulgo le otorgue carta de naturaleza entre los eruditos que no habian, ni escriben, ni se rien jamás; y no os llevará por senderos extraviados del buen gusto y del arte; es un compañero de viaje, mas bien triste que alegre, lo cual no quita para que cuando en cuando un chiste feliz provoque espontánea la risa de los que le escuchan; está mas convencido de

los elogios que de sus censuras, porque sabe que de sus censuras vive siempre más seguro que de sus elogios; cree, y cree muy bien, con Mad. Stahl, que nada se acerca tanto al genio como la virtud de admirar, y, sobre todo, como intimamente el carácter que determina y diferencia a la poesía de nuestra época de la poesía de otros tiempos gloriosos, ya pasados.

Basta prueba de ello es que, hablando de la poesía, dice: «Habiendo todos sus colores; sus movimientos son lentos y descompasados; tiene grandes y oscuras ojivas; su voz es ruda y apagada. ¡Ay! No cabe duda. Nuestra pobre poesía está física. ¡Cuán interesante la ha puesto, sin embargo, su cruel enfermedad! ¡Qué grandiosidad en su rostro! ¡Qué suave melancolía se esparce por toda su mirada! ¡Qué triste es su acento y que conmovedor! El frío ha penetrado hasta la médula de sus huesos. Ningún sol pasado puede darle calor; y la poesía triste, nerviosa y exaltada de nuestro tiempo, muestra. Este admirable conocimiento de lo presente da valor a la profecía de que allá en el futuro, de tanto escepticismo, de tantos esfuerzos y de tantas lágrimas, surgirá alguna vez una verdad que engendre otra poesía fresca, tranquila y creyente.

Palacio Valdés es crítico, y en *Los oradores del Atenas* y *Los novelistas españoles* claramente lo ha demostrado; pero lejos de rendir culto a aquella crítica fría, excesiva, ridícula por exceso de minuciosidad, desprovista de toda idea de grandeza, tiránica con los atributos de la sabiduría, extraña al sentimiento y al delicado gusto, la combate; juzga desde una elevada punto de vista que a la crítica, en un día tribunal inapelable, corresponde que exigiendo al genio que se someta a los preceptos, y censurando en las obras inspiradas en la ternura del pensamiento y en lo primario de la forma falta de audaces atrevimientos, la crítica, de auxiliar se convierte en barrera del progreso literario; y demuestra con la belleza del estilo que es al mismo tiempo que crítico, artista.

Palacio Valdés pinta bien, pero sus semblanzas más que retratos, son juicios críticos. Sigue en ellas el sistema nunca bastante recomendado al autor dramático, de que debe buscar en los personajes de sus obras, se retrata no por lo que de sí mismo digan, sino por los actos que ejecutan. Se parece más a Saint-Beuve que a Timon.

En su primer viaje por la poesía española, el Sr. Palacio Valdés se ha detenido en ocho estaciones de no igual importancia. Bohegaray, Zorrilla, Campomayor, Grilo, Ayala, Aguilera, Nuñez de Arce y Revilla. De haber colocado al Sr. Grilo en el primer lugar como ha colocado a Revilla en el último, digárase que Palacio Valdés caminando por el arte poético, había ido desde la demagogia hasta el cesarismo. Pero el Sr. Revilla es crítico y no es un crítico antes que poeta, y no debiera figurar en este concepto, en el que de seguro no piensa ni ha pensado inscribirse en el padrón municipal.

De poetas y de locos, todos los españoles tenemos algo. Pero muy pocos de poetas lo bastante para fundar en ello nuestro estado civil. Desde las redondillas en que se piden vacaciones a los maestros hasta las parodias de Bequer, en que se dice a las mujeres que no tienen alma o la tienen de piedra herroguera, no queda metro que no se explote en secreto, hasta que con los veinticinco años se gana derecho electoral. ¡A quien no le enseñan que perdonar Dios y el arte, habere escrito a su novia en segundillas. Conste, pues, que el Sr. Palacio Valdés ha traspasado las fronteras de la poesía hablando del Sr. Revilla, y que este se contenta con el talento y con la palabra que Dios le ha dado, con los que promete vivir y morir sin acordarse para nada de los renglones cortos.

La semblanza de Grilo nos parece poco detenida, sobre todo si se tiene en cuenta lo que Palacio hace esperar de ella al lector atento. Teniendo a Grilo en sus comparaciones por prototipo de los poetas de bisutería, estaba obligado a demostrar que lo es y preside de tal demostración en gracia a la brevedad de la semblanza, o al mérito de lector que en el Sr. Grilo reconoce.

Sírvale de atenuación, sin embargo, el saber, como sabemos, que el trabajo abandonado no era difícil. El Sr. Palacio Valdés ha hecho un estudio profundo del carácter y modo de ser de los poetas que retrata. Ve en Bohegaray el genio que destruyó de nuestro teatro el metro y el *sermónismo*, dos plagas igualmente terribles; algunas escenas de incomparable mérito, que traen a nuestra imaginación al recuerdo de los grandes dramáticos, y al lado de ellas la falsedad y el desconocimiento de la vida. Bohegaray ha saltado de las conexiones a las escenas, del cálculo infinitesimal a los enredos de bastidores, de la teoría de Malthus al cementerio donde encuentra a sus personajes, y no es raro que con la violencia del salto haya perdido el recuerdo de la realidad de la vida.

Palacio ha saludado en Zorrilla al mas sencillo, melancólico y fúido de nuestros poetas porque sus versos tienen el color de nuestras flores, el brillo del cielo y la frescura de nuestra brisa; en Campomayor al poeta humorista que refrena la tendencia del pensamiento a lo absoluto y dotado de una fantasía inagotable, mezcla la risa con el llanto, porque adivinados viven el placer y el dolor en la vida; en Aguilera el inspirado cantor de la ternura y de las tristezas; en Ayala el autor dramático notabilísimo que representa al vivo los sentimientos de la sociedad en que vive avalorados y embellecidos por el arte; en Nuñez de Arce... aquí no estoy conforme con Palacio. Sus elogios me parecen pálidos.

Nuñez de Arce en *Críticos del combate*, en *La selva oscura*, en *El idilio*, en *La última lamentación de Byron* y en *El vértigo*, ha ensayado su aptitud para los diversos géneros poéticos tan felicisimamente, que no es asonadado saludar en él la representación viva de aquella inspiración poética que vive en Italia con Dante y Tasso y Petrarca, en Inglaterra con Milton y Byron y en Francia con Lamartine, Chénier, Beranger, Musset y Victor Hugo.

El libro de Palacio no es sólo un itinerario para viajar por la poesía española, es también un libro didáctico, y sus notables disertaciones acerca de la poesía, de la crítica, del humorismo, del teatro y de la prosa, claramente lo demuestran.

Palacio Valdés no cree en la crítica, y esto es una verdadera desdicha. Viviría condenado a oír los elogios de una amiga de quien desconfía.

MIGUEL MOYA.

Revista dramática.

«Si yo tuviera dinero labraria la felicidad de los seres que me rodean; sería la Providencia de los pobres; protegería toda empresa que tendiera al engrandecimiento y al bienestar de mi patria, y sería, en fin, lo que se llama un ciudadano útil a mi país y un bienhechor de la humanidad. A mi novia doña Escolástica la regalaría la casa en que habito, y que constituye toda mi fortuna; al pobre diablo que galantea a mi sobrina y trabaja como un bendito para ofrecérsela una modesta posición, le daría con que anticipar la realización de sus deseos y asegurar la dicha y el bienestar del matrimonio; al conde, mi inquilino, le perdonaría lo que me debe, y a mis criados Ramona y Andrés les regalaría cuatro mil duros para que se casaran y establecieran en paz y en gracia de Dios.»

Así discurre en sustancia el maduro soltero D. Aniceto el día de su santo, en presencia de todas las personas que son objeto predilecto de su hipotética largueza, y ante la perspectiva de un almuerzo succulento que han de sazonar el afecto y la amistad.

Pero D. Aniceto no cuenta con la incorregible veledad de la naturaleza humana. Por un raro capricho de la suerte, sus sueños de opulencia llegan a convertirse en espléndida realidad. Un mozo listo y vividor, que anda por ese mundo a caza de negocios, viene inopinadamente, y después de larguísima ausencia, a darle una noticia estupenda. D. Aniceto es dueño de una fortuna de diez millones que le ha dejado al morir un pariente cercano, cuyo testamento debe abrirse a la vuelta de un mes, y el mensajero le trae a cuenta de la herencia el dinero recogido en la casa mortuoria, que no baja de quince mil duros.

D. Aniceto es rico, inmensamente rico, y ha llegado el momento de realizar sus promesas, de desenvolver sus planes civilizadores, de llenar, en una palabra, la benéfica misión que ha sido el objeto constante de sus sueños dorados.

Pero ¡ay! el buen señor se olvida de sus castillos en el aire en el momento en que puede asentarse sobre sólidos cimientos. La opulencia le hace ingrato, egoísta y vanidoso. Su primera y mas urgente atención es montar con lujo su casa y colocar en el salón su retrato, vistosamente condecorado con una encomienda que muestra ya los estragos que en su carácter modesto y bondadoso empieza a producir la picaresca vanidad. Pero a poco D. Aniceto sequita la máscara y revela el cambio que se ha verificado en su manera de ser.

La pobre doña Escolástica se ve defraudada en sus esperanzas de acabar sus días al lado de D. Aniceto; el novio de Aurora ya no es un partido digno de la sobrina de tan opulento señor, y el regalo de la casa tan de buena fé prometida en los tiempos de las doradas ilusiones, los cuatro mil duros que habiéndole labrado la felicidad de Ramona y Andrés, los designios patrióticos y humanitarios concebidos al calor de las doradas ilusiones, no han sido mas que palabras vanas y entusiasmos transitorios. D. Aniceto reniega de su pasado: quiere tomar por esposa a una aristócrata, si quiera sea tan desvergonzada y antipática como la hija del conde, su inquilino, y quiere dar la mano de su sobrina a un sabueso del negocio tan fino como el mozo que le ha traído las nuevas de su inesperada fortuna.

D. Aniceto se encuentra, al fin, defraudado en todos sus proyectos ambiciosos. La hija del conde le desprecia, después de haber obtenido, con la delicadeza de un *timador*, la anulacion de un pagaré de doce mil reales que pesa como la espada de Damocles sobre la miseria aristocrática de su padre, y el gobernador de provincia a quien ha confiado la misión de sacarle diputado, le anuncia por el correo que debe perder toda esperanza de llegar por su mediación a la dignidad de padre de la patria.

El desengaño es decisivo y abrumador: un ciudadano que tiene diez millones de capital y no consigue sentarse en los bancos del Congreso, es un ejemplo inaudito de los rigores de la fortuna. Para que sea mayor la decepción, llega el día designado para leer el testamento que es origen de la fortuna de D. Aniceto, y resulta de su contenido que el difunto, en la prevision de que su pariente había de usar muy mal de una gran fortuna confiada a su discrecion, no le ha dejado mas que los quince mil duros, esterilmente sacrificados a su pueril ambicion.

D. Aniceto recibe el desengaño con la modestia de un hombre de buen componer que posee la rara virtud de reconocer sus errores, y proclama en alta voz que no hay en este mundo riqueza mas preciosa que aquella que sin su llevar nuestras pasiones, puede labrar modestamente nuestra felicidad.

Este es, en resumen, el argumento de una comedia que con el título de *Si yo tuviera dinero!* ha dado recientemente a la escena el distinguido y aplaudido escritor D. Eusebio Blasco. El pensamiento de la composicion es bueno, y el poeta ha dibujado con mucha gracia la figura cómica del personaje principal. Los tipos de Fernando, el incansable perseguidor del negocio, y de la mas que jamona, amojamada doña Escolástica, no carecen tampoco de fisonomía típica, de donaire y naturalidad, y estan dentro de los límites de la buena pintura de costumbres no siempre respetados por este fecundo escritor.

No son tan felices el del conde petardista y el de la buscona descomoda y embaucadora que tiene por hija. Esta última, sobre todo, es una caricatura a la francesa que no tiene arraigo en nuestras costumbres y de la que el autor podía haber prescindido sin que la vena satírica de la comedia resultase perjudicada en lo mas mínimo. Es una figura exótica que entra mal en el cuadro y perjudica al colorido característico de la composicion.

Por lo demás, la obra, aunque escrita en prosa y privada, por consiguiente, del singular atractivo que suele prestar a los trabajos del Sr. Blasco su envidiable talento de versificador, está dialogada con destreza y sazónada con la sal inagotable de su ingenio cómico. El primer acto es muy agradable, por el movimiento y el colorido: es un cuadro animadísimo en que el bueno de D. Aniceto desarrolla, en medio de las personas de su intimidad que festejan el día de su santo, sus ilusiones de millonario, y a que pone regocijado término la graciosa escena en que el mensajero inesperado viene a darle la nueva que realiza tan espléndidamente sus ilusiones.

Sin embargo, falta asunto para llenar los tres actos en que el Sr. Blasco ha desleído la idea de su comedia. Reducida a las proporciones que reclamaba su escaso argumento, hubiera dejado impresion mas viva en el ánimo del auditorio.

El último acto decae notablemente. El espectador ha comprendido adonde va a parar el poeta y éste no encuentra mas medio de prolongar el interés que el de sembrar el diálogo de chistes y retocar la pintura de los caracteres. El éxito ha sido, con todo, satisfactorio: la pieza ha valido a su autor los honores, modestamente renunciados, del palco escénico, y la representación ha merecido, con justicia, los elogios del auditorio. El Sr. Mario ha caracterizado perfectamente el tipo de D. Aniceto, que es el personaje que lleva el peso de la comedia, y los demás actores han contribuido, en términos mas o menos secundario, al resultado satisfactorio de la representación.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

El agua del Lozoya (I).

II.

Me veo precisado a tener que ocuparme nuevamente de las aguas del Lozoya en vista del comunicado del señor Barinaga, publicado en el lunes anterior de *El Liberal*.

(1) Este artículo no fue posible publicarlo el lunes anterior por falta de espacio.

Nuestro primer artículo, que dió sea de paso y como sabe nuestro distinguido amigo D. Isidro Fernandez Flores, estaba escrito desde el comienzo de la gran turbia del 78, y que por razones que no son de este lugar, dejó entonces de ver la luz, se publicó el 8 del actual cuando empezaba a significarse una nueva riada. El señor de Barinaga dice, como recuerda en su comunicado, se ha ocupado debidamente de este asunto, podía en esta ocasion haber acudido a nuestro mismo objeto, pero ha preferido a esto el limitarse a atacar nuestro artículo y a lanzar al vecindario de Madrid la desconsoladora afirmación de que las turbias del Lozoya no son purificables, y que no hay que hacer contra ellas mas que cruzarse de brazos, inermes y poner a ración los servicios públicos de agua y beber en último caso el barro de las fuentes, que así y todo, dice, hay quien sostiene que el agua turbia es inofensiva y hasta conveniente para el estómago, y ya que el señor de Barinaga saca a plaza esta opinión, empezaremos por decir algo sobre ella.

Hay, en efecto, quien ha sostenido esta singular opinión aduciendo en su apoyo el ejemplo de las ovejas que entran en los arroyos y charcos revolviendo con las patas el fango para enlazar el agua antes de beberla; pero teniendo en mucho el instinto de los animales, y que cual la ciencia también ha sacado provecho muchas veces, de imitar sus actos no hay que llevar a tan alto punto esta consideración. Si esto fuera así, habría razón para afirmar que el agua entangada era excelente. Mas de las funciones digestivas de los bóvidos, eminentemente hervidos y ruminantes, por añadidura, a la organización y sistema digestivo del hombre hay una distancia inmensa. Bajo este absurdo principio, debiéramos igualmente tomar, a fuer de postre y como ayuda de la digestión, un par de docenas de peladillas de arroyo, a semejanza de las aves que se alimentan de semillas duras, y están siempre instantáneamente tragando piedrecillas, que vienen a ser unos dientes móviles que dentro de su robusto y musculoso estómago sirven para suplir la falta de órganos masticatorios.

En la cuestion de si el agua turbia es o no perjudicial, hay que hacer, como en las antiguas controversias de los dialécticos, un *distincio* muy esencial: si el agua tiene un pequeño exceso de sustancias en suspensión, puede usarse *transitoriamente* sin perjuicio, y digo *transitoriamente*, porque a la larga todo lo indigestible exorta demasiado los órganos y las vías de eliminación y produce siempre trastornos en las funciones digestivas: si, por el contrario, tiene el agua una gran proporción de sustancias, aunque sean de las mas inofensivas, es perjudicial, y como yo decía, *es más de perturbar el orden económico de las familias, es morbígena y ocasiona disenterias y cólicos muy molestos*.

El estar largas horas haciendo cola en las fuentes, el tener que pagarla a un excesivo precio (hubo cuba por la que se dieron 20 rs.), el detener la limpieza de las personas y ropas y hasta la imposibilidad de cocer los alimentos, cosas todas que sucedieron en la turbia del 78, es a lo que yo llamo perturbar el orden económico de las familias.

Respecto a lo de morbígena, muchos prácticos tuvieron entonces ocasion de observar, efecto del uso del agua turbia, una disenteria especial y un cólico sin gravedad, y que cedía espontáneamente a las pocas horas, pero que presentaba dolores muy agudos, un tenesmo renal y otros síntomas, por los que le hemos dado el epíteto de molesto.

Además, el agua turbia de Lozoya producía en las personas que tienen las membranas mucosas delicadas una afeccion irritativa que ulceraba el interior de la boca y producía en los labios unas grietas muy dolorosas. Tavo ocasion de ver diferentes casos de esta curiosa afeccion, que he creído ocasionada por el paso de la gran cantidad de arcilla que traía el agua por la mucosa bucal: las irritaciones de los labios, tan comunes en los niños que beben agua en los botijos formados de barro encarnado arcilloso, con su similitud de causa, me han afianzado en esta opinion. Queda, pues, sentado que el agua turbia del Lozoya es capaz de producir enfermedades, y las ha producido, y debe, por lo tanto, prohibirse para la bebida.

Dada la necesidad de atender a la clarificación de las turbias, hemos indicado antes algunos medios que convenia que conociese el vecindario, y hemos desde luego desechado todos los menoscabos a filtración y filtración. Respecto a la opinion del Sr. Barinaga, nosotros creemos que toda sustancia sólida insoluble que viene en suspensión en un líquido y que se deposita por el reposo, debe y puede ser filtrable. Heo dicho que el mayor grado de división de la sustancia puede oponer dificultades para la operación, siendo también causa de que tarde mas tiempo en sedimentarse. Si el agua de Lozoya de la turbia del año anterior tardaba algo mas de cinco días en depositar las sustancias que la enturbian, el agua del año que también trae arcilla arcillosa, tarda mas de diez; pues bien, esta agua que a juzgar por esto debe tener las materias enturbiantes mas finamente divididas, se filtra, y no solo en cortas cantidades, sino en un gran sistema de depósitos filtros, de donde se obtiene clara.

Por otra parte, en la Memoria de la traida de aguas se decía que se pondrían filtros, y al proponer la Dirección el establecimiento de estos aparatos, habiéndose hecho detenidos análisis del agua clara y de las avenidas por distinguidos hombres de ciencia, demuestra que la filtración se consideraba posible, que no era un mito. Pero dejando a un lado pruebas de referencia, en Madrid, como yo decía en mi anterior artículo, hay muchas familias que no beben el agua de Lozoya sin haberla filtrado previamente, y el continuar en el uso de los filtros demuestra que éstos les prestan una incontestable utilidad.

Si no fuese por alargar este ya demasiado extenso artículo, podríamos enumerar un crecido número de familias que bebieron en la turbia de 1878, y lo mismo en la última pequeña riada, el agua del Lozoya, perfectamente potable, procedente de los filtros de piedra artificial porosa que yo he recomendado.

Nosotros estudiamos antes de aconsejar al vecindario el servicio de los filtros, todas las especies de aparatos para dicho objeto que existían en Madrid, y lejos de aconsejarlos todos, sólo indicáramos los que prestaban una comprobada utilidad práctica.

Durante la turbia del 78, funcionaba en el establecimiento del Sr. Tonon uno de estos filtros, el cual, como pudo verlo todo el que quiso, daba agua perfectamente potable.

Por nuestra parte, además, hemos hecho filtraciones, y hemos obtenido un agua perfectamente cristalina de la turbia de los pasados días. Y lo mismo nos ha sucedido con agua enturbada con arcillas plásticas ferruginosas, que tardaba mas de seis días en sedimentarse.

Mas aún cuando el agua del Lozoya no se filtra con la perfeccion que yo he obtenido, y quedase con alguna opalescencia, que otra cosa de ninguna manera se puede admitir, no era razón tampoco para proscribir en absoluto todos los aparatos de filtración, porque como antes decíamos, cuando las aguas tienen un pequeño aumento de sustancias en suspensión, son transitoriamente utilizables. Así, pues, no sólo los filtros que dan el agua clara, sino los sistemas de filtración que se emplean para purificar aguas de naturaleza parecida a las del Lozoya, aun suponiendo que no las dejasen perfectamente cristalinas, servirán para obtener un agua que puede ser utilizable para los usos domésticos e industriales y para la bebida.

No nos hubiéramos ocupado para nada de la cuestion de filtración ni de las que con el objeto de purificar las aguas hemos citado si tuviéramos la seguridad de que podíamos contar agua siempre clara con los depósitos actuales de Lozoya.

El Sr. Barinaga dice que con un gasto ordenado puede haber agua para doce días; pero debe recordar que la del 78 duró mas de veintinueve.

La merma en los servicios que el Sr. Barinaga propone puede ser altamente inconveniente por mil contingencias que pueden ocurrir y a que pueden también dar lugar. Si en invierno es posible sin perjuicio hacer la merma de los servicios sanitarios de agua, en verano es muchas veces casi imposible, y siempre perjudicial e incómodo. Cuando se haga otro depósito esta cuestion estará del todo resuelta. Las turbias se presentan lo mismo en verano que en invierno, y por lo tanto no es indiferente el entregarse a la confianza en la tasa y merma de los servicios que pueden ser indispensables.

Respecto a otros detalles de que se ocupa en su último párrafo, no debíamos decir de ellos casi una palabra.

Nosotros no hemos aconsejado la destilación; al contrario, la hemos proscripido, y por lo tanto no tenemos para qué dar explicaciones de lo que habra que hacer con el agua en caso de destilación.

No queremos devolver al Sr. Barinaga las frases con que juzga nuestro artículo al principio de su comunicado, porque tenemos la conciencia de lo que hemos escrito, y sobre esta materia como sobre las analogas de interés para el pueblo de Madrid, meditamos y procuramos estudiar la cuestion lo suficiente, y apoyamos siempre nuestras aserciones en fundamentos prácticos y razonados.

DR. PARADA Y...

Paris.

Apenas su altura es de dos metros; tienen sus cimientos en la nieve y sus tejados en la niebla: forman dos hileras, bordando ambos costados de esa grande arteria de Paris que principia en la Magdalena y acaba en la Bastilla. Son las barracas de la Noél: construidas con cuatro tablas, cada una de ellas encierra la brillante ilusión de tantos sueños infantiles.

¡Ah!, los niños! Vedlos cómo acuden atraídos por aquel variado conjunto de tentadores juguetes que durante quince días van a estar expuestos a sus ojos para desaparecer en cuanto termine la fiesta de los Reyes Magos, que son los reyes que mas les interesan.

La expresion de sus inocentes rostros, sus gritos de entusiasmo, sus gustos y sus antojos, sus lágrimas y sus risas siempre han sido para mi motivo de observacion profunda. Un quiere un nacimiento, otro un polichinela... ¡oh!, aquellos ambiciosos! ¡pues no pide poco! un batallon de soldados!... ¡Qué pide en cambio aquel otro pálido y raquítico, cuya voz apenas se percibe?... ¡Oh! aquel desea algo mas grave... ¡pide... pan! Uno hay robusto y colorado, en primera fila, que conoce todos aquellos muñecos y figuras por sus nombres: ha roto ya un centenar de casas, carros y peles y no halla nada que le agrade. Un obrero pasa junto a mí, llevando a un niño de la mano. Hé aquí el diálogo que padre e hijo sostienen:

—¿Qué es eso?

—Son juguetes.

—¿Y para qué son los juguetes?

El padre no sabe qué contestar.

El niño insiste y añade:

—¿Es que los juguetes se comen?

Todo el que ha pasado alguna vez por la Selva Negra no puede menos de acordarse en estos días de aquellos pequeños y encantadores obreros de siete a doce años que trabajan en los alrededores de Schaffhausen y de Badenweiler, haciendo muñecos para que se diviertan los niños de las grandes ciudades. ¡Oh! ¡Si estos pudieran reflexionar un instante las horas, los insomnios y las fatigas que a los niños de la Selva Negra les ha costado el fabricar lo que ellos destruyen en un minuto de fastidio! En aquel polichinela roto han trabajado cien manos infantiles: un obrero ha hecho el pie izquierdo, otro el derecho, otro una pierna, otro un brazo, otro la cabeza; otro le ha pintado los ojos, otro el pelo... cada pequeña parte está fabricada por una mano distinta.

Hay en la Selva Negra pueblos enteros que, al caer la primera nieve, emigran con el alcalde a su cabeza. Van huyendo de aquella blanca y densa mortaja que cubre la Selva horrible desde noviembre a abril. Por entre los rudos troncos de los árboles va pasando el ténico desfilé: las familias conducen en caballerías y carros sus ajueres: abandonan para todo el invierno aquellos salvajes antros donde parecen quedar tan solo la desolacion y la muerte. Pero no; hay algo mas que también queda... Quedan esos inocentes naufragos de un bajel deshecho contra los escollos de la ley... La orfandad legal es naufragio sin orillas. Hijos quizás de un príncipe, de un gran señor o de una mendiga, todos sus recuerdos se estrellan en esta impenetrable muro que les sirve de horizonte y que se llama *misterio*. ¡Allí se quedan, viendo desfilar un pueblo tras otro, desde las cabañas que les sirven de albergue! ¡De estas soledades, de estas tristezas salen esos juguetes que tanto os encantan, oh niños dichosos de Viena, de Madrid, de Paris y de Londres!

Hace algunos años, un príncipe ruso, cuyo viaje a Corfú puso en conmocion al mundo diplomático, paseábase a las primeras horas de la mañana sobre el tablado del jardín de invierno de San Petersburgo. Parecía aguardar inquieto a alguna otra persona, pues volvía frecuentemente la cabeza en todas direcciones. El jardín estaba desierto. De pronto se percibió entre los árboles la figura del joven *groom* que acompañaba al príncipe ordinariamente: se aproximaba conduciendo de la mano a un niño de pocos años. Una vez llegados junto al príncipe éste acarició al niño, y dijo al *groom*:

—Veo que está guapo.

Después, cogiéndolo entre sus manos, levantó en alto y le dió un beso. El príncipe al besarle se conmovió.

—Quiero que hoy coma con nosotros. Hazle entrar por la puerta secreta.

El *groom* y el niño desaparecieron. Era el día de la Navidad de Rusia. Pocas horas después, el niño entraba en una habitacion espléndida, tapizada de azul. Tenía vergüenza y se escondia entre las cortinas de un balcon.

El *groom* ya no estaba vestido de *groom*: era una encantadora joven, elegante y rubia, cuyos blondos rizos acariciaban su nívea frente. El príncipe abrió una puerta, pronunció un nombre, y un niño robusto y hermoso entró gritando y brincando, con sus manos llenas de juguetes finísimos. Los dos niños se miraron uno a otro sin pronunciar una palabra.

—¡Vamos, besaos! ¡Como si fuérais dos hermanitos!

Los niños, en lugar de besarse, huyeron uno de otro: el de casa se agarró a una de las piernas del príncipe; el de fuera se ocultó entre los pliegues de la falda de la joven.

Pero, al huir, el de casa había dejado caer el suelo sus juguetes, y pasada la primera sorpresa, volvió a recuperarlos. Entonces el otro, saliendo de la falda de su madre, se lanzó a disputárselos.

Aquel gritaba:

—¡Son míos, yo los he comprado!

El otro respondía:

—¡No! ¡Son míos, yo los he hecho!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Paris 26 de diciembre de 1879.

Imp. de El Liberal, a cargo de L. Polo, Alameda, 2.